



Suárez sabe perfectamente que la mayoría en esas elecciones la consiguió dando una imagen de centro y de servicio a unas clases medias.

una misma clase social. Suárez ha sabido manejar a una izquierda timorata y acomplejada durante sus primeros tiempos para que no presentara una excesiva oposición: ha presentado ante las bases históricas del poder clásico las suficientes garantías y, ahora que ha recogido su fruto por vía electoral, tiene en sus manos toda la instrumentación necesaria para llevar adelante, dentro de esos moldes nuevos, la política de la derecha. Puede presentarla ante la sociedad española como surgida de unas elecciones, y ante la opinión pública internacional, como cumplidora fiel de una Constitución votada por referéndum y elegida legalmente. No hay dudas de ello. Las que se pudieran emitir —la parcialidad del sistema matemático elegido para las elecciones, el abuso de la televisión y los medios de comunicación del Estado, el mantenimiento de estructuras locales favorables— son, en realidad, poco significativas: con esas mismas condiciones, un mes después la izquierda conseguía las Alcaldías que rigen el 70 por 100 de la población española. Las protestas que desde la derecha se hacen contra la legalidad municipal y la existencia del pacto PSOE-PCE son tan meramente pasionales como las que se puedan hacer desde la izquierda sobre la legalidad de la elección de UCD en las legislaturas.

SIN embargo, el presidente Suárez sabe perfectamente que la mayoría en esas elecciones la consiguió dando una imagen de centro y de servicio a unas clases medias, y que si esas clases medias tienen un cierto reflejo de defensa con respecto a izquierdas radicales, lo tienen también contra la persistencia de las clases superiores, y que no puede defraudarlas. Incluso la elección municipal le podría haber producido esa meditación. Ello quiere decir que si la inclinación a la derecha es inevitable, por su propia naturaleza y la de su partido, y por el acuerdo con las clases dominantes más antiguas, deberá tener cuidado de no acentuarlo, de que correas de transmisión de poder no mantengan el viejo sentido de lealtad al régimen al estilo anterior, que llevaban más allá las órdenes superiores para mostrarse afectos e intachables. En ese cuidado, en esa vigilancia, residirá en parte el porvenir de su Gobierno, en lo inmediato y en lo futuro. ■ Foto: RAMON RODRIGUEZ.

CONTRA LA REALIDAD

MIENTRAS unos grandes montones de españoles se apelmazan en los locales donde se proyecta "Superman", otros lo hacen donde se pasa "Nosferatu", nuestro viejo amigo Drácula, que viene con otro nombre. Y se acaba de celebrar el Congreso de Ufología —los platillos volantes, los extraterrestres!—, mientras se prepara ya el I Simposio Nacional de Magia, Brujería y Satanismo, anunciado pintorescamente: "España, sexta potencia mundial en brujería" (como en todo, Estados Unidos han quitado el primer puesto a Gran Bretaña).

¿Es todo esto lo mismo? Sí y no. Los sabios dirán que "Superman" es la ideación de la ambición de poder que llevamos dentro —se sueña con que se vuela cuando se quiere dominar—; el vampiro es la dramatización de la queja del explotado por el explotador, del pobre por el rico ("nos saca la sangre", "nos chupa la sangre"); los extraterrestres son la forma de concretar el eterno terror cósmico, y las brujas y los satanes, los causantes del daño, del dolor de vivir cada día; tan fuertes por sus artes que no los podemos vencer.

Todos ellos son elementos en los que se puede, al mismo tiempo, creer y no creer. Justamente esa ambigüedad es la que nos desazona. No podemos creer porque nuestro racionalismo, que lleva tanto tiempo arraigado —Sancho era más racionalista, y antes, que Descartes—, nos lo impide; pero podemos creer porque el racionalismo se está hundiendo cada día por el mal resultado de lo razonable. La realidad está fracasando estrepitosamente.

Y, por otra parte, es mucho menos creíble. Lo que está realmente pasando en España y en el mundo —y lo que pasa en la política no es más que un indicio de cómo se está desencajando la sociedad: los políticos no dirigen ni mandan, sino que salen así de entre nosotros, que estamos rotos— es más bien increíble. Y, sin embargo, es.

¿Por qué no creer en lo increíble? ¿Por qué no nos decidimos de una vez a creer que la Tierra es redonda y que no está inmóvil, sino que gira en torno al Sol? Está claro que, por ejemplo, en la disputa de Galileo los que tenían la razón —la razón de lo visible, la razón de lo real— eran los inquisidores y los padres de la Iglesia, aunque no tuvieran la razón. ¿Cómo creer que la Tierra se movía? Sin embargo, ellos mismos estaban imbuidos de lo increíble, de lo invisible, de lo improbable; y atacaban a Galileo por la mezcla ambigua y torturadora del realismo y de lo inverosímil que para ellos tenía una realidad absoluta.

Tal vez Nosferatu y Superman, Satán y los extraterrestres, nos estén ayudando más de lo que creemos. Nos están descargando del peso insoportable de una realidad inverosímil, que no somos capaces de admitir. La realidad de Harrisburg, la realidad de una China de derechas, la realidad de Egipto aliado a Israel. La realidad insoportable de unos sujetos que viven entre nosotros, que son como nosotros, y que disparan unas metralletas contra los policías. La realidad contra la que ya no se sabe cómo luchar. ■

POZUELO